



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

EVA.

Con solo su palabra, creó Dios el mundo y los animales que le pueblan.

La luz, alma y vida de la naturaleza; el pabellon del cielo tachonado de fulgentes estrellas; el mar con su magnífica grandeza, sus infinitos pobladores y sus agitadas olas; la tierra con su fecundidad inagotable, con sus bellísimos jardines, y las aves que cruzan los aires, y los animales que habitan los campos, formaban la creacion mas divina; pero una creacion triste, solitaria: el mundo sin el hombre era la soledad, la tristeza.

Dios creó entonces al hombre, y no lo hizo por su palabra, sino por su obra. Un poco de barro es la materia; un soplo de vida le dá el alma inteligente, libre, y el hombre se llama Adan, porque era de barro, su primitiva y su postrera forma.

A imagen y semejanza de Dios, es bello en su cuerpo, inteligente en su espíritu, y señor de un mundo, ¿qué mas necesitaba? Los puros y cristalinos arroyos le brindaban con sus preciosos líquidos, los árboles con sus ricos frutos, las aves le distraian con sus trinos, los brutos le lisonjeaban con su obediencia; sin conocer los deseos, ¿cuáles pudiera tener?

Su inteligencia no hallaba otra igual en todo cuanto le rodeaba; en vano acudia á las plantas, á las aves, á los brutos, todo lo hallaba mudo su alma. Estaba solo en la inmensidad de un magnífico imperio: no hallaba otro corazon intérprete de los sentimientos del suyo, y el Señor no quiso que el hombre, su divina hechura, estuviera solo, y formó á la mujer, no de barro grosero, sino «de un hueso de esta region del cuerpo donde palpita el órgano de los sentimientos generosos, especie de santuario habitado por cuanto el hombre quiere y respeta, é inaccesible á todo lo que odia y desprecia.»

La obra de Dios no podia ser mas

perfecta en cuanto á sus formas: la mujer es la imágen de la divinidad. Era pura, graciosa, y su inocencia igual á su belleza; porque ningun desórden habia alterado entonces la obra de Dios, ni convertido en peligro su sencillez sin tacha.

Adan despierta, la vé, y reconociendo la obra de Dios, esclama: —Véanse los huesos de mis huesos y la carne de mi carne: llevará un nombre que designe al hombre, porque salió de él. Dios por sí mismo, ó por boca de Adan, añadió: —El hombre dejará á su padre y á su madre por unirse á su mujer, y serán dos en una misma carne.

Les dá su bendicion, les comunica sus mandatos, y les coloca en el Paraiso terrenal, situado en el Asia. Mansion de delicias, templo de felicidad, nada les faltaba allí á nuestros venturosos padres. Dichosos hubieran vivido, si el génio del mal, mas envidioso de su dicha que enemigo de Dios, no se hubiera propuesto que desobedecieran su mandato y fueran desgraciados.

Se presenta á la mujer, la halaga las pasiones, escita sus deseos, y combatiendo interiormente los sentimientos, vence en aquella lucha la ambicion de conocerlo todo; mira la fruta del árbol prohibido, la seduce mas su vista, sus sentidos fascinados acallaron su razon, y cogió y comió de la fruta, y la dió á comer á su marido.

De repente, y como si despertaran de un sueño, abrieron los ojos, se avergonzaron de su desnudez, y conocieron su falta.

Esta fué la primera que se cometió en el mundo, y es el tipo de las que se cometen. Culpable, muy culpable es la mujer de ella; pero ¿delinquirió inducida por algunos sentimientos que no se hallen en el corazon del hombre? Contínuamente resuena en el nuestro una voz halagadora que nos habla de gloria, de riquezas, de placeres, y la escuchamos, y su armonía nos lisonjea; sus esperanzas nos fascinan; no obra la razon, sino las pasiones; la desobediencia á un precepto religioso tiene mágicos atractivos, y con una alma vacilante, y un pensamiento oscurecido, el orgullo, la vanidad y la ambicion se sobreponen, é imitamos á la mujer de Adan. Quizá tratamos como ella de buscar engañados el bien.

Cometida la falta, no ven nuestros padres delante de sí mas que un abismo de males. Oyen la voz de Dios y huyen: aquella voz es la de la conciencia del malo, la que recuerda el delito; el gusano roedor de la vida; la muerte de la paz y de la ventura de quien delinque.

Adan confiesa su falta, y culpa á la mujer que amaba, demostrando así un egoismo torpe. Ella contesta á Dios: —La serpiente me ha engañado, y yo he comido.

Maldijo entonces Dios á la serpiente, la profetizó castigos, y anunció á la mujer que multiplicaría las angustias de sus embarazos, que pariría con dolores, y que estaría sometida al poder del marido, el cual la dominaría.

Desde entonces se vió esclavizada la mujer, y por su culpa perdió su libertad y su dignidad, y sus gracias no tenían mas valor que el que pudiera tener la hermosura de un objeto.

El hombre fué condenado á vivir con el sudor de su rostro hasta volver á la tierra de que fué hecho. Nacer, llorar y morir, es desde entonces nuestra existencia.

Adan dá á su mujer el nombre de Eva, que designa la vida, porque debia ser la madre de todos los vivientes.

Arrojados del Paraiso terrenal, fueron desterrados á este valle de lágrimas, donde la vida es un sueño penoso cuyo dolor nos mece, esperando la muerte que es el despertar.

Ya terminó para Eva aquella vida de inefable dicha que disfrutára en el Paraiso, y la lloraba, porque siempre lloramos la felicidad perdida que no sabemos apreciarla al poseerla.

Comienza para Eva una vida de amargura. Es madre de Cain y de Abel, y cuando tenia al menos el consuelo de verse trasmitada en una posteridad interminable, Cain mata á su hermano por envidia de su vir-

tud, y Dios le maldice, y á su raza. Abandona la casa paterna; y la que se vanagloriaba antes de ser madre, quiere borrar de su corazon hasta el recuerdo de que lo es de un hijo fratricida y maldito.

Compadecido Dios de la situacion de Eva la concede otro hijo, á Seth; demostrándola así que solo debia esperar en el Señor. A Seth, siguieron otros muchos hijos é hijas, que comenzaron á propagar la raza humana.

Novecientos treinta años vivió Adan, y Eva es fama que le sobrevivió, si hemos de creer antiguas y respetables tradiciones.

Los que colocan el Eden en la Palestina, consideran enterrados á nuestros primeros padres en el Calvario, cerca del cual se encuentra el Valle de Josafat. «¿No sería conveniente que este drama solemne que se llama la vida de la humanidad, y que llenará por la unidad de su accion la série entera de los siglos, haga ver en un mismo lugar las tres grandes escenas de que se compone: la Caida, la Redencion y el Juicio?»

Eva nos legó la desgracia; su credulidad nos perdió, y la humanidad toda la llora y la compadece: el mundo está lleno de sus infortunios, descritos por grandes sábios, cantados por inspirados vates; mas ninguno escedió á Milton, nadie como él nos ha legado á Eva.

Allí está en su *Paraiso perdido*,

Eva, descollando por su inocencia, apareciendo dulce y majestuosa, y ornada de gracias y de nobleza. Temerosa, despues de culpable, se condena á sí misma, y abundantes lágrimas procuran espiar su falta y conquistar la gloria y el ascendiente que constituia su poder y que no perdió del todo; porque Dios la ha dejado en su caída algunos reflejos de su primera gloria, que crean á su redor un respetuoso temor que parece un guarda angelical.

Las artes han seguido las huellas de Milton. El dibujo, la pintura y la escultura han dado cuerpo á la poesía y han retratado la creacion y á nuestra primera madre. A la vista de estas sublimes creaciones del arte nos hemos detenido muchas veces contemplándolas, tratando de arrebatrar el pensamiento de Dios en el génio del artista. Y si Dios inspira los grandes pensamientos, si dá un soplo de vida á las grandes obras, Eva frecuentó dos caminos, el de la inocencia y el del arrepentimiento; por ellos se vá al Cielo.

El tipo de Eva no es único en el mundo; en su vida se nos presentan escollos que se deben evitar; pasiones que se deben acallar; virtudes que se deben seguir; escollos, pasiones y virtudes que son de hoy, pues siempre fué el mismo el corazón humano.

A. PIRALA.

LITERATURA.

La Gloria.

A un trovador americano.

Ese bello fanal que llaman gloria
Mi frente iluminó,
Y tristes días en mi pobre historia
Impío señaló.

El llanto que mis ojos derramaron
Triste y sombrío fué,
Los amigos que al polvo se tornaron
Con voz firme canté.

Y si de mi amistad alguna rosa
Por acaso quedó,
La tempestad con mano poderosa
Del tallo la arrancó.

Y lejos, lejos de mi patria amada
Ví las flores crecer,
Los sueños de mi mente entusiasmada
Miré desaparecer.

Ese bello fanal que llaman gloria
Mi frente iluminó,
Y tristes días en mi pobre historia
Impío señaló.

Y la lúgubre voz de mi poesía
Ardiente y funeral,
Me transportó desde la patria mía
Al suelo tropical.

Y elevando tu voz melodiosa
Cantaste en mi loor,
Cantaste la amistad pura y hermosa
Mi dulce trovador.

Y pintaste los días de ventura
Qué un tiempo yo pasé...
¡Ay! niña entonces, cándida y oscura
¡Cuánto, cuánto yo amé!

Amaba las palomas, y las flores,
Y el triste rruiseñor,
Y el luciente reptil de mil colores
Era también mi amor.

Mas el bello fanal que llaman gloria
Mi frente iluminó,
Y tristes días en mi pobre historia
Impío señaló.

¡Oh! canta, canta, y á tu voz unida
Suene mi voz también
Cual la yedra que al álamo prendida
Busca en él su sosten.

Tú cantarás con tímidos acentos
La amistad y el amor,
Yo cantaré de los airados vientos
El choque aterrador.

Tú cantarás los goces de la vida
Y el bello querubín,
Yo gritaré á la Europa envilecida:
Sal del letargo al fin.

Y si un día fantástico el destino
Te conduce tal vez á otros hogares,
Si me es dado escuchar de tus cantares
El número peregrino,

Verás las cuerdas de mi lira de oro
El éter perfumar con su armonía,
Y de esa nube de perpétuo lloro
Que empaña el alma mía
Trocarse el manantial en alegría.

ROBUSTANA ARMIÑO DE CUESTA.

SETIEMBRE.

Pocos meses han recibido en la antigüedad mas variados nombres que el que me ocupa. Rómulo le colocó el séptimo del año, de donde deriva sin duda la voz numérica *Septembris*, Setiembre; y si bien el Senado y

los Emperadores en distintas épocas le denominaron á su antojo *Tiberius*, del nombre de Tiberio; *Germanius*, en honor de Domiciano; *Antonius*, en memoria de Antonio el Piadoso; *Hércules*, *Tacitus*, y otros varios; sin embargo, Setiembre es el que ha llegado hasta nosotros. Los egipcios llamaron á este mes *Paophi*, y le contaban el segundo del año; y los griegos *Broedomion*, pero era el tercero en su Calendario.

El mes de Setiembre, á que se puede llamar con propiedad, la primera página del libro del invierno, inaugura el año agrícola, razón por la que los romanos le consagraron á Vulcano, dios de los herreros, á quienes el labrador debe la reja del arado y otros instrumentos de labranza.

Los días de este mes ofrecen por lo común variada temperatura, aires, calmas, nubes, y hasta grandes chubascos, interpolados con otros serenos constituyen su carácter: la naturaleza se presenta caprichosa, y parece fluctuar en la duda de regalar aun al hombre con los frutos y las flores del estío, ó de abandonarle á la crudeza del árido invierno: desdeñosa y soñolienta le ofrece una mano amiga, que debe aprovechar oportunamente el labrador, y entre los bostezos que presagian el letargo de que vá á ser presa, nos presenta la hermosa naranja, la granada y la dorada uva; pero en cambio vemos desaparecer el verdor de los árboles, cubrirse la tierra de amarillentas hojas, el cielo matizado de espesas nubes parece perder su pureza, é insensiblemente caminamos hácia el invierno, que nos tiende sus descarnados brazos.

Todo está yerto, desapareció la hermosura de los pintados jardines, en los que tan solo se destaca alguna que otra flor tardía, formando un remedo del último período de la vida. La simpática golondrina, nuestra compañera en aquellos hermosos días del verano, en que admirábamos su instinto trabajando el nido, aquella golondrina que tantas protestas y juramentos de amor escuchó en boca del amante, ya en el cenador, ya en

la gruta, protestas que mas leves que sus alas volaron á etéreas regiones, desaparece tambien como ellas, y tendiendo el vuelo, corta los aires y corre en busca de mas templados climas. ¡Quién pudiera seguirte, hermoso pajarillo, y compartir contigo las fatigas de una travesía, cuyo único descanso en medio de los mares es el mástil de solitario buque!

El mes de Setiembre se alegoriza por un hombre coronado de pámpanos, con rostro risueño, vestido de púrpura, con la balanza en una mano y el cuerno de la abundancia derramando frutos en la otra.

Higiénicamente considerado el mes de Setiembre, es de los mas peligrosos del año; la desigualdad en los fenómenos meteorológicos, y el cambio general que sufre toda la naturaleza, influyen de un modo directo en la salud; en él se desarrollan con mas fuerza todas las enfermedades del estío, y participa de las peculiares del invierno; será por lo tanto prudente prepararse, promoviendo las secreciones del vientre, evitando el relente de las noches y madrugadas, así como los ardores del sol, no abusando de las frutas ni descuidando el abrigo.

La animacion que por dó quiera reina en Setiembre es singular; cruzan los caminos multitud de carruajes que conducen familias á las ciudades; el labrador lleva tambien á vender los frutos, para con su producto poder pasar el invierno; el comerciante proyecta empresas, el fabricante aglomera en los almacenes sus artefactos; la vida en fin diseminada poco antes por los campos, parece concentrarse ahora en las ciudades; dejando en lúgubre soledad al campesino que recolecta la nuez, reúne sus ganados y corre tambien á cobijarse en la granja ó la cabaña. Ahí teneis, queridas lectoras, el verdadero retrato del mes de Setiembre; tristes son sus colores, pero no para vosotras, que cambiásteis los goces de la aldea por los bailes y los teatros de la ciudad; sin embargo, comparad de vez en cuando vuestras como-

didadas y placeres con la vida miserable y solitaria de aquel campesino, que ocupado en cuidar la tierra, su única compañera, y á la que no quereis ver ahora porque no está galana, trabaja para proporcionaros relativamente esas comodidades y esas galas; á él se lo debeis todo.

EMILIO DE TAMARIT.

PREMIOS DE VIRTUD.

MARIA VIGNON.

En el corazon de la mujer es principalmente donde se revela aquella piedad ardiente, á quien no detienen ni los sufrimientos, ni los riesgos, ni la muerte misma. Ella sola es capaz de aquella religion de la desgracia que inspira los grandes sacrificios, á que se consagra con un cariño, con una pasion tal, que exaltando mas y mas su valor, no agotan jamás su sensibilidad. — MR. ETIENNE. *De la Academia francesa.*

II.

En una fria tarde del mes de Marzo de 1824, una mujer de alguna edad corria veozmente por las calles de Burdeos: sus vestidos, raidos por el uso, tenian á pesar de su vejez una compostura y un aseo tanto mas notables, cuanto mas raras son estas circunstancias en la clase miserable de la sociedad, á la que ella parecia pertenecer.

El viento soplabá con violencia, y la pobre mujer luchaba con trabajo contra la tempestad, embarazándola considerablemente en su marcha una silla que llevaba en una mano y dos palos que tenia en la otra.

Despues de haber andado por espacio de mucho tiempo, se detuvo rendida de fatiga, y resguardándose al abrigo del dintel de una tienda ya cerrada, se disponia á descansar un instante, cuando de repente volvió á tomar su carga continuando su camino.

—Vamos, vamos; exclamó haciendo un

esfuerzo.... Tengamos ánimo. ¡Buena cosa iba á hacer! Dónde tendria yo la cabeza para olvidarme así de Sofía, que me está esperando.

Dichas estas palabras, María Vignon, la colchonera, echó á correr de nuevo.

Llegada á la calle de la Calandria, la buena mujer se paró delante de una casa de miserable apariencia, metiéndose en un portal oscuro, sombrío y tortuoso. Dejando su silla y sus palos en el cobertizo de un patio pequeño, que tenia que atravesar antes de llegar á la escalera, principió á subir ésta, y despues de haber contado ciento y tantos escalones, se quitó los zapatos, acercándose quedito á una puerta desquiciada por cuyas rendijas se veia lucir un débil resplandor. Levantó el pestillo con el mayor cuidado y penetró en la habitacion.

—Eres tú, María? murmuró una voz que apenas se percibia.

—Sí, Sofía.... yo soy... ¿Pero te encuentras mal? ¿cómo es que no duermes? Preguntó María con inquietud.

—No, hermana mia, estoy mejor esta tarde, pero cuando tú no estás á mi lado me parece que me encuentro sola en el mundo, y temo no te haya sucedido alguna desgracia, y tiemblo.... primero por tí, María, á quien amo como un niño á su madre, y despues por mí tambien, porque tú eres mi único apoyo, mi amparo, mi providencia en la tierra.

—Vamos, Sofía, no digas esas cosas. Lo que yo hago por tí lo harías tú por mí, ¿no es verdad? Nada hay mas natural. Déjame preparar la cena.

María recogió unos cuantos carbones que habia envueltos entre la ceniza, y consiguió despues de grandes esfuerzos encender un poco de lumbre.

El triste aspecto de esta boardilla oprimia dolorosamente el corazon. Su reducido espacio de algunos piés en cuadro, no por todas partes, permitia estar en pié, á causa de la inclinacion del techo, en el cual habia

una ventanilla que daba un poco de luz y respiracion á este albergue. Las paredes destrozadas por el tiempo y la humedad, presentaban por todos lados grandes grietas, por donde se rezumaba el agua y penetraba el frio.

Una cama de tablas, un armario viejo, una silla con el asiento roto, y un poco de paja en un rincon, componian todo el ajuar de esta desolada mansion.

—Vamos, Sofía, es preciso curarte, dijo María, aproximándose á la cama.

—Y tu cena?

—Ya cenaré mas tarde: luego tengo tiempo de sobra. Ya sabes que despues de curada te encuentras mejor.

—Es verdad, pero yo me puedo esperar un poco, mientras que tú, que has trabajado todo el dia, necesitas tomar alimento.

—Esta noche no tengo apetito, dijo María, y una lágrima humedeció sus párpados.

—No importa; quiero que cenes.

—Bien, no te enfades: mi cena ya estará despues de tanto tiempo que la puse á la lumbre.

María fué á sentarse al lado de una cafetera que habia puesto al fuego, y se colocó de manera que Sofía no pudiese verla desde la cama. Entonces sacó de su bolsillo un poco de pan seco, y cogiendo un plato rajado y un tenedor de palo hizo como que comia alguna otra cosa.

—Es bueno eso que comes? preguntó la enferma.

—Sí, me sabe bien.

—Díme, María, tú que eres tan buena, no querrias darme un gusto.

—Veamos, contestó María con presteza, qué quieres?

—Oh! tengo miedo de decírtelo, porque mira, lo deseo tanto, que si me lo negases, me causaria un gran sentimiento.

—Pero si no lo dices, no me ocurre qué pueda ser.

—Pues dame un poco de lo que comes, ya que dices que es tan bueno.

Al oír esta petición la pobre anciana se puso á temblar. Este capricho de la enferma la ponía en una situación apurada, porque por nada en el mundo hubiera querido tener que confesar, que habiendo agotado todos sus recursos por cuidarla, no tenía aquella noche otra cena que un pedazo de pan duro.

—¿Y bien, no me respondes? dijo Sofía con impaciencia.

—Es que.... el médico ha mandado que comas muy poco, y hace solo un corto rato que has tomado alimento.

—Pero tengo hambre, y quiero comer.

—Vamos Sofía no te irrites. Ya sabes que el enfadarte te hace daño.

—Y bien, mejor. Así te quedarás mas ancha, ya que quieres matarme de hambre.

—Oh! Qué digas eso! exclamó María sollozando.

—Sí, quiero decirlo. Tú cenas opíparamente en tu rincón, mientras que yo tengo que contentarme con mirarlo desde la cama. Oh, que mal corazón. Todo lo guardas para tí.

—Y bien, sí, Sofía, dijo María; tienes razón, he sido muy egoísta: no he pensado mas que en mí; me lo he comido todo. Pero por qué no me lo has dicho antes?

—Cuando yo lo decía, ya sabía que tenía razón.

—Sí, hermana mía, perdona mi glotonería.

—Dios mío! Compadecíos de mí, gritó Sofía, con voz desgarradora.

—Tienes dolores, amiga mía, vamos, no te desanimas, voy á curarte.

María se puso á preparar los trapos y vendas necesarios para curar á Sofía, cuyo cuerpo estaba cubierto de horribles llagas. Tres veces cada día tenía que renovar esta operación, y por repugnante que fuese, nunca dejó de cumplir con exactitud este cuidado.

—Oh! Que daño me haces: tú quieres matarme, exclamaba Sofía.

—Ten paciencia... hermana mía... si es por tu bien.... y María la abrazaba, cubrién-

dola de besos.... Un poco de valor.... Si acaba ya.

—Oh! Sí, valor... bien lo necesito. Dáme esa medalla que tienes de la Virgen: apretándola á mis lábios me parece que sufro menos.

(Continuará.)

MODAS.

La estension del artículo de fondo, y el no querer cercenar demasiado la historieta con que principiamos los *Premios de virtud*, nos obligan á dejar muy reducido este artículo, acaso el mas interesante para muchas de nuestras lectoras.

Citarémos sin embargo como del mejor gusto un vestido de baile de gasa de seda, fondo blanco con rayas arrasadas, blancas y de color de cereza, interpoladas. Su falda lleva tres volantes anchos, guarnecidos de un rizado de blonda. El cuerpo á lo virgen, es redondo, fruncido y escotado: las mangas cortas tienen dos rizados de la misma blonda, puestos uno sobre otro. Un cinturón de seda, color de cereza y blanco, completan la elegante sencillez de este lindo traje.

Otro de gró de Nápoles, fondo azul claro, con tres volantes picados, adornados de guirnalda de flores tejidas: el cuerpo hechura de casaca está guarnecido de una cinta del mismo dibujo y flores, plegada á la antigua, con el que juega muy bien un fichú-chaleco de tarlatana festoneada, género nuevo y de un gusto esquisito.

Para vestidos de calle hay en los almacenes de la del Carmen preciosas telas, y entre ellas lindísimos muarés, fondo negro, con dibujos brochados de dalias de todos colores; la falda de estos trajes debe ser lisa y el talle redondo: advirtiéndose que por talle redondo no se entiende corto, sino que no forme punta por delante ni por detrás. Las mangas principian á llevarse mas largas, y bastante anchas.